

**ROGER  
MARTIN DU GARD  
Los Thibault  
(1)**

**Traducción del francés  
FÉLIX CABALLERO ROBREDO**



**PUNTO DE VISTA EDITORES**

# Sumario

EL CUADERNO GRIS	11
EL REFORMATARIO	121
ESTÍO	279
LA CONSULTA	547
LA SORELLINA	645
LA MUERTE DEL PADRE	781

*Dedico*  
LOS THIBAULT  
*a la fraternal memoria de*  
PIERRE MARGARITIS,  
*cuya muerte, en el Hospital Militar,*  
*el 30 de octubre de 1918, aniquiló la*  
*poderosa obra que maduraba*  
*en su atormentado y puro corazón.*

R. M.G.

# EL CUADERNO GRIS

# I

En la esquina de la calle de Vaugirard, cuando bordeaban ya las edificaciones de la escuela, el señor Thibault, que durante todo el trayecto no había dirigido la palabra a su hijo, se detuvo bruscamente:

—Esta vez sí que no, Antoine. No; ¡esta vez ya pasa de la raya!

El joven no respondió.

La escuela estaba cerrada. Era domingo y eran las nueve de la noche. Un portero entreabrió el postigo.

—¿Sabe usted dónde está mi hermano? —inquirió Antoine.

El portero abrió los ojos desmesuradamente.

El señor Thibault, impaciente, golpeó el suelo con el pie.

—Vaya a buscar al abate Binot.

El portero precedió a los dos hombres hasta el vestíbulo, sacó una vela del bolsillo y encendió la araña.

Transcurrieron algunos minutos. El señor Thibault, sofocado, se había dejado caer sobre una silla; volvió a murmurar entre dientes:

—¡Esta vez, no y no! Ya lo sabes: ¡esta vez, no!

—Discúlpenos, señor —dijo el abate Binot, que acababa de entrar sin hacer el menor ruido. Era muy bajito y tuvo que empujarse para poner la mano en el hombro de Antoine—. Buenas noches, joven doctor. ¿Qué sucede?

—¿Dónde está mi hermano?

—¿Jacques?

—¡No ha aparecido por casa en todo el día! —exclamó el señor Thibault, que se había levantado de su asiento.

—¿Y dónde había ido? —preguntó el abate, sin demasiada sorpresa.

—¡Aquí, por Dios! ¡A cumplir su castigo!

El abate deslizó las manos por entre su fajín, y dijo:

—Jacques no estaba castigado.

—¿Cómo?

—Jacques no ha aparecido hoy por la Escuela.

La cuestión empezaba a complicarse. Antoine no apartaba la mirada del rostro del sacerdote. El señor Thibault se encogió de hombros y volvió hacia el sacerdote su cara abotagada, cuyos pesados párpados casi nunca se levantaban:

—Jacques nos dijo ayer que tenía cuatro horas de castigo. Esta mañana ha salido de casa a la hora de siempre. Y luego, según parece, ha vuelto hacia las once, cuando estábamos en misa; no ha encontrado más que a la cocinera y ha dicho que no iría a comer porque el castigo era de ocho horas en lugar de cuatro.

—Pura invención —afirmó el sacerdote.

—He tenido que salir a la caída de la tarde —prosiguió el señor Thibault— para llevar un artículo a la *Revue des Deux Mondes*. El director tenía visita, y no he vuelto a casa hasta la hora de cenar. Jacques seguía sin aparecer. A las ocho y media, la misma situación. Entonces me he asustado y he mandado a buscar a Antoine, que estaba de guardia en el hospital. Y aquí estamos.

El sacerdote se pellizcaba los labios con aire pensativo. El señor Thibault entreabrió las pestañas y echó una mirada aguda hacia el padre y luego hacia el hijo.

—¿Entonces, Antoine?

—Entonces, padre —repuso el joven—, si se trata de una escapatoria premeditada, queda completamente descartada la hipótesis de un accidente.

Su actitud inspiraba tranquilidad. El señor Thibault tomó una silla y se sentó. Su espíritu ágil examinaba varias conjeturas; pero la cara, paralizada por la grasa, no dejaba traslucir nada.

—Entonces —repitió—, ¿qué podemos hacer?

Antoine reflexionó.

—Esta noche, nada. Esperar.

Era evidente. Pero la imposibilidad de zanjar inmediatamente aquella cuestión mediante un acto de autoridad y el recuerdo

del Congreso de Ciencias Morales que se inauguraba en Bruselas dos días después, y en el que se le había invitado a presidir la sección francesa, hicieron encenderse la frente del señor Thibault con una llamarada de ira. Se puso en pie.

—¡Haré que los gendarmes le busquen por todas partes! —exclamó—. ¿Es que no tenemos Policía en Francia? ¿Acaso no se encuentra a los malhechores?

El chaqué se le abría a ambos lados del vientre; los pliegues de la papada eran atenazados una y otra vez entre los picos del cuello, y movía la mandíbula hacia adelante lo mismo que un caballo cuando tira de la brida. «¡Ah, granuja! —pensó—. ¡Así le pillara un tren de una vez!». Y, como un relámpago, todo le pareció allanado: su discurso en el Congreso, la vicepresidencia tal vez... Pero, casi al mismo tiempo, le pareció ver al pequeño en una camilla; luego, en una capilla ardiente; después, su actitud de padre apesadumbrado y la compasión de todos... Se avergonzó.

—¡Pasar toda la noche en esta incertidumbre! —dijo en voz alta—. Es muy duro, señor abate; es muy duro para un padre pasar momentos como este.

Se dirigía hacia la puerta. El abate se sacó las manos de la cintura.

—Permítame —dijo, bajando los ojos.

La araña le iluminaba la frente, semioculta por una franja negra, y el semblante socarrón, que iba adelgazando hacia la barbilla hasta el punto de presentar cierta semejanza con un triángulo. En sus mejillas aparecieron dos manchas purpúreas.

—Dudábamos en ponerle al corriente esta misma noche acerca de un incidente ocurrido con su hijo; suceso muy reciente, bien es verdad, y bastante lamentable... Pero, al fin y al cabo, consideramos que se pueden descubrir en él algunos indicios... Así es que si dispone usted de un momento...

El acento picardo acentuaba sus vacilaciones. El señor Thibault, sin contestar, volvió a su silla y se sentó pesadamente, con los ojos cerrados.

—En el transcurso de estos últimos días —prosiguió el abate—, nos hemos visto obligados a tener que apreciar en contra de

su hijo faltas de un carácter muy especial..., faltas muy graves... Incluso le amenazamos con la expulsión. Nada más que para asustarle, se entiende. ¿No les ha dicho nada?

—¿Es que no sabe usted hasta dónde llega su hipocresía? ¡Ha estado tan silencioso como de costumbre!

—Ese querido niño, a pesar de algunos defectos graves, en el fondo no es malo —rectificó el abate—. Y consideramos que, por lo que respecta a esta última ocasión, su pecado se debe a debilidad, a las malas compañías, a la influencia de un compañero peligroso, de los que tantos hay, desgraciadamente, en los liceos del Estado...

El señor Thibault dirigió al sacerdote una mirada cuajada de inquietud.

—He aquí los hechos, señor, por el orden en que se han sucedido: el jueves último... —reflexionó durante un momento y prosiguió en un tono casi alegre—. No, perdón; fue anteayer, viernes; sí, el viernes por la mañana, durante la hora de estudio. Un poco antes del mediodía entramos en la sala rápidamente, según tenemos por costumbre... —guiñó un ojo hacia Antoine—. (Damos vuelta a la manija, sin que se mueva la puerta, y entramos de sopetón.)

»Bien; pues al entrar, nuestros ojos cayeron sobre nuestro amigo Jacques, al que con toda intención habíamos colocado enfrente de la puerta. Nos dirigimos a su sitio, corrimos el diccionario y... ¡cogido! Nos apoderamos del volumen sospechoso: una novela traducida del italiano, de un autor cuyo nombre preferimos no recordar: *Las vírgenes de las rocas*.

—¡Es inaudito! —exclamó el señor Thibault.

—El aspecto preocupado del muchacho parecía ocultar algo más; ya estamos acostumbrados. Se acercaba la hora de la comida. Cuando tocó la campana, rogamos al pasante que condujera a los niños al refectorio y, una vez que nos quedamos solos, abrimos el pupitre de Jacques; otros dos libros: *Las confesiones*, de Jean Jacques Rousseau, y, lo que es aún más vergonzoso (perdone usted que me exprese así), una innoble novela de Zola: *El pecado del abate Mouret*.



—¡Ah, el granuja!

—Ya íbamos a cerrar el pupitre, cuando se nos ocurrió pasar la mano por detrás de la hilera de los libros de clase: encontramos un cuaderno de tela gris que a primera vista (hemos de decirlo) no tenía ninguna apariencia de clandestinidad. Lo abrimos y recorrimos las primeras páginas... —El abate miró a los dos hombres con sus ojillos vivos y desprovistos de dulzura—. Ya estábamos enterados. Inmediatamente pusimos nuestro botín en lugar seguro, y durante el recreo del mediodía pudimos inventariarlo con detenimiento. Los libros, cuidadosamente encuadernados, tenían en el lomo, en la parte de abajo, una inicial: F. Por lo que respecta al cuaderno gris, la pieza principal, la pieza de convicción, era una especie de cuaderno de correspondencia; dos escrituras muy diferentes: la de Jacques, con su firma: J, y otra que nosotros no conocíamos, cuya firma era una D mayúscula. —Hizo una pausa y bajó la voz—: El tono, el contenido de las cartas no dejaban, desgraciadamente, ningún lugar a dudas acerca de la naturaleza de esta amistad. Hasta el extremo, señor, de que a primera vista llegamos a creer que aquella letra firme y picuda pertenecía a una joven o, mejor dicho, a una mujer... Finalmente, analizando los textos, hemos comprendido que esta letra desconocida era la de un discípulo de Jacques; no de un alumno de nuestra casa (gracias a Dios), sino de un muchacho que Jacques había conocido indudablemente en el liceo. Con objeto de confirmar nuestra hipótesis, aquel mismo día fuimos a ver al censor. Ese buen señor Quillard —agregó, volviéndose hacia Antoine— es un hombre inflexible y que tiene la triste experiencia de los internados. La identificación fue inmediata. El muchacho acusado que firmaba con una D es un alumno de cuarto, un compañero de Jacques, y se llama Fontanin, Daniel de Fontanin.

—¡Fontanin! ¡Naturalmente! —exclamó Antoine—. ¿Te acuerdas, padre, de esos que viven en Maisons-Laffitte durante el verano, cerca del bosque? Efectivamente, al volver a casa por la noche este invierno, he sorprendido algunas veces a Jacques leyendo libros de versos que le había prestado ese Fontanin.

—¿Cómo? ¿Libros prestados? ¡Debiste advertirme!

—No creí que fuera demasiado peligroso —replicó Antoine, mirando al abate como para enfrentarse con él, y, de repente, una sonrisa juvenil, que pasó como un relámpago, iluminó su rostro meditabundo—: Víctor Hugo —explicó—, Lamartine. Le confiscaba la lámpara, para obligarle a dormirse.

El abate se mordió los labios. Tomó su desquite:

—Pero hay algo mucho más grave: ese Fontanin es protestante.

—¡Lo que faltaba! —exclamó el señor Thibault, anonadado.

—Bastante buen alumno, por otra parte —prosiguió inmediatamente el abate con objeto de hacer resaltar su ecuanimidad—. El señor Quillard nos dijo: «Se trata de un muchacho muy formal, en apariencia; ¡bien nos ha engañado! La madre tiene también una apariencia perfectamente respetable».

—¡Sí, sí, la madre...! —interrumpió el señor Thibault—. Personas inaceptables, a pesar de sus aires de dignidad.

—Al fin y al cabo —insinuó el abate—, demasiado sabemos todos lo que oculta la rigidez de los protestantes.

—El padre, por lo menos, es un sinvergüenza... En Maisons nadie se trata con ellos; la gente apenas si los saluda. ¡Tu hermano puede enorgullecerse de saber elegir sus amistades!

—De todas formas —prosiguió el abate—, hemos vuelto del liceo perfectamente informados. Y nos disponíamos a incoar un expediente en toda regla cuando, ayer sábado, y apenas acababa de comenzar la hora de estudio de por la mañana, el amigo Jacquot\* irrumpió en nuestro despacho. Irrupción en todo el sentido de la palabra. Estaba completamente blanco y apretaba los dientes. Desde la misma puerta, sin siquiera dar los buenos días, gritó: «¡Me han robado mis libros! ¡Me han robado mis papeles!». Tratamos de hacerle comprender que entrar de aquella forma era una falta de educación, pero no escuchaba nada. Sus ojos, tan claros de por sí, estaban oscurecidos por la ira: «¡Ha sido usted quien me ha robado mi cuaderno!», gritaba. «¡Ha sido usted!». Incluso llegó a decirnos —añadió el abate con

\* Diminutivo francés de Jacques.

una sonrisa necia—: «¡Si se ha atrevido a leer mi cuaderno, me mataré!». Tratamos de atraerlo con dulzura. Ni siquiera nos dejó hablar: «¿Dónde está mi cuaderno? ¡Devuélvame! ¡Lo romperé todo hasta que me lo devuelvan!». Y antes de que pudiéramos impedirselo, cogió de encima de nuestra mesa un pisapapeles de cristal (¿usted lo recuerda, Antoine?; era un recuerdo que unos antiguos alumnos nos habían traído de Puy-de-Dome), y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el mármol de la chimenea. No, no tiene importancia —se apresuró a decir en contestación a un gesto de confusión del señor Thibault—; le damos a conocer este detalle material simplemente para que pueda comprender en qué grado de exaltación se encontraba ese querido niño. A continuación se dejó caer en el suelo, a punto de sufrir una verdadera crisis nerviosa. Pudimos dominarle y llevarle hasta una celda de recitación contigua a nuestro despacho, y allí lo dejamos encerrado bajo llave.

—¡Oh! —exclamó el señor Thibault elevando los brazos al cielo—. Algunos días está como poseído. Pregúntele a Antoine: ha habido veces que por una simple contrariedad le hemos visto acometido de tales accesos de furor que no ha habido más remedio que ceder; se pone morado, se le hinchan las venas del cuello, ¡parece que va a ahogarse de rabia!

—En cuanto a eso —observó Antoine—, todos los Thibault son violentos.

Parecía lamentarlo tan sumamente poco que el abate se creyó obligado a sonreír cortésmente.

—Cuando fuimos a soltarle, una hora después —prosiguió—, estaba sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos. Nos lanzó una mirada terrible; tenía los ojos completamente secos. Le invitamos a que nos presentara sus excusas, y no contestó. Nos siguió con docilidad a nuestro despacho, despeinado y con los ojos bajos. Le hicimos que recogiera los restos del desgraciado pisapapeles, pero sin conseguir que despegara los labios. Entonces le llevamos a la capilla y creímos obrar acertadamente dejándole allí, a solas con Dios, durante una hora larga.

Después fuimos a arrodillarnos a su lado. En aquel momento nos pareció que tal vez había llorado, pero la capilla estaba demasiado oscura y no nos atrevemos a asegurarlo. Rezamos a media voz algunas oraciones, y después le amonestamos; tratamos de hacerle comprender la pena de su padre cuando supiera que la pureza de su querido hijo había sido comprometida por un mal compañero. Se cruzó de brazos, con la cabeza levantada y la mirada fija en el altar, como si no nos oyera. Viendo que esta obstinación se prolongaba, le ordenamos que volviera a la sala de estudio. Permaneció allí todo el resto de la tarde, sentado en su sitio, con los brazos cruzados y sin abrir un libro. Esto no quisimos advertirlo. A las siete de la tarde se marchó como de costumbre, aunque sin venir a saludarnos.

»He aquí toda la historia, señor —terminó el abate, con una mirada llena de animación—. Para informarle debidamente, aguardábamos a conocer la sanción impuesta por el censor a ese desdichado individuo que se llama Fontanin: la expulsión pura y simple, indudablemente. Ahora bien: al ver su inquietud de esta noche...

—Señor abate —interrumpió el señor Thibault, jadeante como si acabara de darse una carrera—, creo innecesario decirle hasta qué punto me encuentro aterrado. ¡Cuando pienso en todo lo que unos instintos semejantes pueden reservarnos todavía...! Estoy aterrado —repitió con voz pensativa, casi inaudible; permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada hacia delante y las manos sobre los muslos. Si no hubiese sido por un temblor apenas visible que agitaba su labio inferior bajo el bigote gris y la perilla blanca, los párpados caídos hubieran dado la sensación de que dormía.

«¡El granuja!», gritó de repente, adelantando la mandíbula; la mirada incisiva que en aquel momento brilló entre sus pestañas denotaba bien a las claras la equivocación de cualquiera que pudiese haber creído en su inercia aparente. Cerró de nuevo los ojos y se volvió hacia Antoine. El joven no respondió de momento, se acariciaba la barba con la mano y tenía la vista fija en el suelo.

—Voy a pasarme por el hospital, para que mañana no cuenten conmigo —dijo Antoine—. Y a primera hora de la mañana iré a interrogar a ese Fontanin.

—¿A primera hora de la mañana? —repitió el señor Thibault maquinalmente—. Y entretanto ¡una noche de incertidumbre! —suspiró, dirigiéndose hacia la puerta.

El abate le siguió. En el umbral, aquel hombre corpulento tendió al sacerdote una mano flácida:

—Estoy aterrado —volvió a suspirar, sin abrir los ojos.

—Nosotros vamos a rogar a Dios para que nos ayude a todos —replicó cortésmente el abate Binot.

El padre y el hijo anduvieron varios pasos en silencio. La calle estaba desierta. El viento se había calmado y hacía buena noche. Corrían los primeros días de mayo.

El señor Thibault pensaba en el fugitivo: «Por lo menos no tendrá frío si está en la calle». La emoción le aflojaba las piernas. Se detuvo y se volvió hacia su hijo. La actitud de Antoine le inspiraba confianza. Quería mucho a su hijo mayor, estaba orgulloso de él; esta noche le quería aún más, porque su animosidad contra el pequeño había aumentado. No se trataba de que fuese incapaz de querer a Jacques. Hubiera sido bastante que el pequeño provocara en él alguna sensación de orgullo, para despertar su ternura; pero las extravagancias y las faltas de Jacques le alcanzaban siempre en el punto más sensible: en su amor propio.

—¡Con tal de que esto no produzca demasiado escándalo! —rezongó. Se acercó a Antoine, y su voz cambió—. Estoy contento de que hayas podido dejar la guardia esta noche —dijo. Estaba avergonzado por el sentimiento que acababa de expresar. El joven, aún más embarazado que su padre, no contestó.

—Antoine... Estoy muy contento de tenerte junto a mí esta noche, hijo mío —murmuró el señor Thibault, cogiendo a su hijo del brazo, tal vez por primera vez.

## II

Aquel mismo domingo, al volver a su casa al mediodía, la señora de Fontanin había encontrado en el vestíbulo una nota de su hijo.

—Daniel dice que ha sido invitado a comer en casa de los Bertier —le dijo a Jenny—. ¿No estabas tú en casa cuando ha vuelto?

—¿Daniel? —Se había puesto a gatas para atrapar a su perrita, que se había agazapado debajo de un sillón. No terminaba de incorporarse—. No —dijo por fin—, no le he visto.

Cogió a Puce en brazos y se dirigió hacia su habitación, dando saltitos y cubriendo al animal de caricias.

Volvió a la hora de comer:

—Me duele la cabeza. No tengo hambre. Me gustaría echarme en la oscuridad.

La señora de Fontanin la acostó y corrió las cortinas. Jenny se arrebujó bajo las mantas. Imposible dormir. Pasaron las horas. En el transcurso de la jornada, la señora de Fontanin vino varias veces a apoyar su fresca mano sobre la frente de la niña. A la caída de la tarde, desfallecida de ternura y ansiedad, la pequeña se apoderó de aquella mano y la besó, sin poder contener las lágrimas.

—Estás nerviosa, cariñito... Debes de tener algo de fiebre.

Dieron las siete; luego, las ocho. La señora de Fontanin esperaba a su hijo, para sentarse a la mesa. Daniel nunca faltaba a una comida sin avisar, y, sobre todo, nunca hubiera dejado que su madre y su hermana cenaran solas un domingo. La señora de Fontanin se acodó en el balcón. La tarde era agradable. Escasos transeúntes marchaban por la avenida del Observatorio. Las sombras se espesaban entre las copas de los árboles. A la luz de los faroles, le pareció algunas veces que reconocía a Daniel por su forma de andar. El tambor redoblaba en el jardín del Luxemburgo. Cerraron las verjas. Había llegado la noche.

Se puso el sombrero y corrió a casa de los Bertier, pero estaban en el campo desde la víspera. ¡Daniel había mentido! La señora de Fontanin estaba acostumbrada a esta clase de mentiras; pero de Daniel, de su Daniel, ¡era la primera mentira! ¿Ya a los catorce años?

Jenny no dormía; acechaba todos los ruidos; preguntó a su madre:

—¿Y Daniel?

—Está acostado. Ha creído que estabas durmiendo y no ha querido despertarte. —Su voz era completamente natural. ¿Para qué asustar a la niña?

Ya era tarde. La señora de Fontanin se instaló en su sillón. después de haber entreabierto la puerta del pasillo con objeto de oír al muchacho cuando volviera.

Pasó toda la noche y llegó el día.

Hacia las siete de la mañana, la perrita se incorporó gruñendo. Habían llamado. La señora de Fontanin se lanzó al vestíbulo; quería ser ella misma quien abriera. Pero era un hombre joven y con barba a quien no conocía... ¿Un accidente?

Antoine se presentó; deseaba ver a Daniel antes de que este marchara al liceo.

—Es que precisamente... mi hijo no está visible esta mañana.

Antoine hizo un gesto de extrañeza:

—Perdóneme si insisto, señora... Mi hermano, que es muy amigo de su hijo, ha desaparecido ayer y estamos verdaderamente inquietos.

—¿Desaparecido? —Su mano se crispó sobre la blanca mantilla que cubría sus cabellos. Abrió la puerta del salón; Antoine la siguió.

—Tampoco Daniel ha vuelto anoche a casa, señor. Y también yo estoy inquieta. —Había bajado la cabeza, pero la levantó casi al mismo tiempo—. Tanto más cuanto que mi marido se encuentra en estos momentos ausente de París —añadió.

La fisonomía de esta mujer respiraba una sencillez y una franqueza que Antoine nunca había encontrado hasta entonces.

Sorprendida de esta forma, después de una noche en vela y en todo el apogeo de su angustia, ofrecía a la mirada del joven un rostro desnudo en el que los sentimientos se sucedían como tonos puros. Se miraron durante algunos segundos sin llegar a verse. Ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

Antoine había saltado de la cama con espíritu policíaco. No tomaba por lo trágico la escapatoria de Jacques y solamente le empujaba la curiosidad: venía a interrogar «al otro», al pequeño cómplice. Pero he aquí que el asunto se complicaba una vez más, lo que no dejaba de causarle cierta complacencia. Al verse sorprendido de esta forma por los acontecimientos, se ensombreció su mirada, y la mandíbula, la fuerte mandíbula de los Thibault, se tensaba bajo la barba cuadrada.

—¿A qué hora salió su hijo en la mañana de ayer? —preguntó.

—Muy temprano. Pero volvió un poco más tarde...

—Aproximadamente.

—¡Ah! ¿Entre las diez y media y las once?

—¡Como Jacques! Se han marchado juntos —concluyó en un tono tajante, casi alegre.

Pero en aquel momento cedió la puerta, que había quedado entreabierta, y un cuerpo infantil en camisón vino a caer sobre la alfombra. La señora de Fontanin dejó escapar un grito. Antoine ya había levantado a la niña desvanecida y la sostenía en sus brazos; seguido por la señora de Fontanin, la llevó hasta su habitación y la dejó sobre la cama.

—Permítame, señora; soy médico. Agua fresca. ¿Tiene usted éter?

Jenny no tardó en volver en sí. Su madre le sonreía, pero los ojos de la muchacha seguían fríos.

—Ya ha pasado —dijo Antoine—. Ahora hay que conseguir que se duerma.

—Ya oyes, cariño —murmuró la señora de Fontanin. Su mano, que estaba posada sobre la frente sudorosa de la niña, se deslizó hasta los párpados y se los mantuvo cerrados.



Estaban de pie, uno a cada lado de la cama, completamente inmóviles. El éter, volatilizado, perfumaba la atmósfera de la habitación. La mirada de Antoine, fija al principio sobre aquella mano delicada y el brazo tendido, examinó discretamente a la señora de Fontanin. Se le había caído el encaje con que se cubría la cabeza; el cabello era rubio, pero entremezclado ya de algunos mechones grises; tendría unos cuarenta años, aunque sus ademanes y la vivacidad de su expresión parecían más bien los de una mujer joven.

Jenny pareció dormirse. La mano posada sobre los ojos de la niña se retiró con alada ligereza. Salieron de la habitación andando de puntillas y dejando las puertas entornadas. La señora de Fontanin iba delante; se volvió:

—Gracias —dijo, tendiéndole ambas manos. Su gesto fue tan espontáneo, tan masculino, que Antoine cogió aquellas manos y las estrechó, sin atreverse a llevárselas a los labios.

—Esta pequeña es muy nerviosa —explicó la señora de Fontanin—. Habrá oído ladrar a Puce y, creyendo que sería por su hermano, se habrá venido corriendo. No se encuentra bien desde ayer mañana. Ha estado toda la noche con fiebre.

Se sentaron. La señora de Fontanin se sacó del corpiño la nota garrapateada la víspera por su hijo y la entregó a Antoine. Le contempló mientras leía. En sus relaciones con los seres siempre se dejaba llevar de su instinto, y desde los primeros momentos había sentido confianza hacia Antoine. «Con esa frente —pensó—, un hombre es incapaz de cometer una bajeza». Antoine se peinaba con tupé y una barba bastante espesa cubría sus mejillas; de manera que, entre aquellas dos oscuras masas de un rubio casi castaño, los ojos hundidos y el rectángulo blanco de la frente formaban casi todo el rostro. Volvió a doblar la carta y la devolvió a la señora de Fontanin. Parecía reflexionar acerca de lo que acababa de leer; en realidad, buscaba la forma de decir ciertas cosas:

—Para mí —insinuó—, creo que hay que establecer una relación entre su fuga y el hecho de que su amistad..., sus relaciones..., acababan de ser descubiertas por sus profesores.

—¿Descubiertas?

—Exactamente. Acababan de encontrar su correspondencia en un cuaderno especial.

—¿Su correspondencia?

—Se escribían durante las clases. Y unas cartas de un tono muy particular, por lo que parece.

Dejó de mirarla y agregó:

—Hasta el extremo de que los dos culpables habían sido amenazados con la expulsión.

—¿Culpables? Le confieso que no comprendo... ¿Culpables de qué? ¿De escribirse?

—Según parece, el tono de las cartas era muy...

—¿El tono de las cartas? —No lo comprendía, pero tenía demasiada sensibilidad para no haberse dado cuenta del creciente embarazo de Antoine, y, de repente, sacudió la cabeza:

—Todo esto está fuera de lugar, señor —declaró con voz alterada, un poco temblorosa. Pareció como si entre ambos se hubiera hecho el vacío repentinamente. La dama se levantó—. Que su hermano y mi hijo hayan combinado juntos una escapatoria es posible, aunque Daniel no haya pronunciado nunca delante de mí ese nombre de...

—Thibault.

—¿Thibault...? —repitió, sorprendida, sin acabar la frase—. Es extraño: mi hija ha mencionado ese nombre esta noche, durante una pesadilla, con toda claridad.

—Tal vez haya oído a su hermano hablar de su amigo.

—No; ya le digo que Daniel nunca...

—¿Cómo puede haberlo sabido?

—¡Oh! Son tan frecuentes estos fenómenos ocultos...

—¿Qué fenómenos?

Ella ya estaba de pie; su fisonomía era seria y distraída:

—La transmisión del pensamiento.

La explicación, el acento eran tan nuevos para él que Antoine la miró con curiosidad. El rostro de la señora de Fontanin no solamente estaba grave, sino incluso iluminado; en sus labios florecía la sonrisa del creyente que está acostumbrado a desafiar

el escepticismo del prójimo en estas materias. Se produjo un silencio. A Antoine se le acababa de ocurrir una idea y sintió despertar de nuevo su instinto policíaco:

—Permítame, señora. Me dice usted que su hija ha pronunciado el nombre de mi hermano y que durante todo el día de ayer tuvo una fiebre inexplicable. ¿No será que haya recibido alguna confidencia de su hermano?

—Esa suposición caería por su propio peso, señor —contestó la señora de Fontanin con expresión indulgente—, si conociese usted a mis hijos y su comportamiento conmigo. Nunca me han ocultado nada ni uno ni otra... —Se calló súbitamente; se sintió herida al recordar el mentís que daba a sus palabras la conducta de Daniel—. Por otra parte —prosiguió inmediatamente, con cierto orgullo y adelantándose hacia la puerta—, si Jenny no está dormida, puede usted preguntarle.

La chiquilla estaba con los ojos abiertos. Su rostro delicado se destacaba sobre la almohada; en sus pómulos se reflejaba la fiebre. Tenía entre sus brazos a la perrita, cuyo hociquillo negro sobresalía graciosamente del borde de las sábanas.

—Jenny: es el señor Thibault, hermano de un amigo de Daniel.

La niña lanzó sobre el extraño una mirada ávida, pero desconfiada.

Antoine, acercándose a la cama, había tomado la muñeca de la niña y sacaba el reloj.

—Todavía es demasiado rápido —declaró. La auscultó. En estos gestos profesionales ponía una gravedad satisfecha.

—¿Qué edad tiene?

—Trece años casi.

—¿De verdad? No lo parece. En principio conviene vigilar estos estados febriles. Sin preocuparse, por otra parte —añadió sonriente y mirando a la pequeña. Luego, apartándose de la cama, agregó en otro tono—: ¿Conoce usted a mi hermano, señorita? ¿A Jacques Thibault?

La joven frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—¿De verdad? ¿Su hermano no le habla nunca de su mejor amigo? —insistió.

—Nunca.

—Sin embargo —observó la señora de Fontanin—, recuerda que esta noche, cuando te he despertado, estabas soñando que perseguían por una carretera a Daniel y a su amigo Thibault. Has dicho Thibault con toda claridad.

La niña pareció reflexionar. Por último dijo:

—No conozco ese nombre.

—Señorita —dijo Antoine después de un corto silencio—, venía a preguntar a su mamá un detalle que ella no recuerda y que es indispensable para encontrar a su hermano: ¿cómo iba vestido?

—No lo sé.

—¿Entonces no lo vio ayer por la mañana?

—Sí. A la hora del desayuno, pero todavía no se había vestido. —Se volvió hacia su madre—. Además, no tienes sino que mirar en su armario qué ropa es la que falta.

—Otra cosa, señorita, que tiene mucha importancia: ¿fue a las nueve, a las diez o a las once, cuando vino su hermano a dejar la carta? Su mamá no estaba aquí y no puede precisarlo.

—No lo sé.

Creyó distinguir cierta irritación en el tono de Jenny.

—Entonces nos va a costar mucho trabajo encontrar su pista —observó con gesto de desaliento.

—¡Espere! —dijo la muchacha, levantando el brazo para detenerle—. Fue exactamente a las once menos diez.

—¿Exactamente? ¿Está usted segura?

—Sí.

—¿Miró el reloj mientras estaba con usted?

—No. Pero a esa hora fui a la cocina a buscar miga de pan para dibujar; por consiguiente, si hubiese venido antes o después, yo habría oído la puerta y hubiera ido a mirar.

—Perfectamente. —Antoine reflexionó un momento: ¿para qué cansarla más? Se había equivocado, y la pequeña no sabía nada—. Ahora —continuó, recobrando su actitud de médico—,

lo que hace falta es seguir bien abrigada, cerrar los ojos... y a dormir.

Cubrió con la colcha el brazo desnudo y sonrió:

—Un buen sueño y, cuando se despierte, estará curada y su hermano habrá vuelto.

La chiquilla le dirigió una mirada. Nunca pudo olvidar lo que leyó en aquella mirada: una indiferencia tan absoluta por sus palabras de aliento, una vida interior tan intensa ya, una angustia tal en su desamparo que a su pesar se sintió turbado y hubo de bajar los ojos.

—Tiene usted razón, señora —dijo cuando volvieron al salón—. Esta niña es la inocencia personificada. Sufre atrocemente, pero no sabe nada.

—Es la inocencia personificada —repitió la señora de Fontanin, pensativa—, pero sí sabe.

—¿Que sabe?

—Sí.

—¡Cómo! Sus contestaciones, por el contrario...

—Sí, sus contestaciones... —repuso ella con lentitud—. Pero yo estaba a su lado...; he notado... No sé cómo explicarlo... —Se sentó y volvió a levantarse casi al mismo tiempo. Su rostro denotaba una gran lucha—. Algo sabe, algo sabe; ¡sí, ahora estoy segura! —exclamó de repente—. Y siento también que preferiría morir antes que dejar escapar su secreto.

Cuando Antoine se marchó, antes de ir a preguntar al señor Quillard, el censor del liceo, según había aconsejado el joven, la señora de Fontanin cedió a su curiosidad y abrió el *Tout-Paris*:

—THIBAUT (Oscar-Marie).—Caballero de la Legión de Honor.—*Ex diputado por Eure.*—*Vicepresidente de la Liga Moral de Puericultura.*—*Fundador y Director de la Obra de Preservación Social.*—*Tesorero del Sindicato de Obras Católicas de la Diócesis de París.*—4 bis, calle de la Universidad (VII dist.).